

ESTRELLA CAÍDA

LA CARRERA AL MAR fue nuestro juego favorito durante tres veranos seguidos. Andrea y yo éramos grandes corredores. Ella era rápida para ser una chica, me ganaba todas las veces, a pesar de ese problema que tenía en los huesos corría más rápido que nadie. La carrera al mar nos divertía mucho más que las canicas, la peonza o las chapas; madrugábamos solo para la carrera, el momento perfecto era el amanecer o la última hora de la tarde cuando al sol rojo ya se lo había tragado el mar y no podía cegarnos. Fue nuestro juego favorito hasta que pasó lo de la estrella. Entonces cambiamos de juego.

Andrea tenía un problema en los huesos, le crecían bultos al final de los huesos buenos, como los brotes de un árbol. Algunos ni se notaban de lo pequeños que eran. Tenía esos huesos raros sobre todo en los brazos y las piernas, el más grande lo tenía en la rodilla derecha. Ese sí podía verse a poco que te fijaras en sus piernas. Era del tamaño de un limón y crujía cuando Andrea se agachaba, sonaba

como si estuviera a punto de romperse. Solía decir que los huesos raros le daban superpoderes, y lo decía muy en serio. Todo lo que salía de su boca era verdad universal. No había manera de discutir con ella. A veces hacía crujir el hueso de la rodilla solo para impresionarme. Creo que no le dolía.

—Nada de nada —decía con una sonrisa firme, indiscutible—. Nunca me duele.

Y después de hacer crujir su hueso de la rodilla seguía corriendo, tan rápido como siempre, y me ganaba, llegaba al mar varios metros antes que yo. Entonces la odiaba un poco, pero solo un poco. Al fin y al cabo todo eso de las carreras al mar se lo había inventado ella, y nos servía tan bien como cualquier otra cosa para pasar el rato.

Andrea vivía en la casa de enfrente, nuestras casas tenían jardines gemelos y estaban rodeadas por el mismo muro de piedra, un muro que no llegaba al medio metro de altura. Una carretera mal asfaltada separaba nuestras casas. En esa carretera estaba la posición de salida, la marcábamos con tiza cada noche. Una raya en el suelo. Muy recta. Gruesa y blanca.

Nuestros ritos eran claros. A las seis en punto salíamos a calentar al jardín, cada uno al suyo. Andrea se ponía una cinta de corredora en la frente y se recogía el pelo en una cola de caballo. La cola de caballo se le movía de un lado a otro mientras saltaba a la cuerda. Un, dos, tres. Flexiones, estiramientos. Todos los ejercicios de calentamiento me los había enseñado ella; decía que no podíamos echar a correr sin calentar, que era malo para los tendones.

Saltábamos el muro de piedra, siempre a la vez, hasta colocarnos en la marca de tiza, las yemas de los dedos bien apretadas sujetando el suelo, la mirada hacia el frente,

la rodilla izquierda algo doblada. A la de tres echábamos a correr. La carretera a esas horas estaba vacía y al fondo, detrás de las dunas, nos esperaba el mar azul. En un punto exacto el mar se escondía del todo detrás de una duna, para dos zancadas después resurgir, más azul aún que antes.

Todas las carreras las ganaba Andrea. Después de la carrera nos quitábamos las zapatillas y caminábamos descalzos hasta el final de la playa, con los pies dentro del agua. Los mejores días eran los de marea baja, cuando el mar estaba lejísimos y sobresalían del agua montículos de piedra cubiertos de conchas, y en la arena, de tan dura, no se quedaban marcados nuestros pasos. Nadie podía saber que habíamos estado allí.

Cuando Andrea encontraba alguna cosa traída por el mar —por supuesto siempre las encontraba ella, siempre las veía antes que yo—, se acercaba al objeto con el dedo índice bien estirado, como si de un zahorí se tratara. Fueran algas, botellas de plástico o pescados negros, cualquier cosa rescatada por la marea le servía. Trazaba un círculo de arena firme y redondísimo alrededor del objeto, como si su dedo fuera parte de un compás perfecto y la arena una lámina fina de papel. Se tomaba su tiempo. Y después se inventaba una historia de la vida del objeto traído y de cómo había acabado en la orilla, dónde y con quién había estado antes, si alguien se lo había comido, si había sido el arma de algún asesinato. Historias así.

Una de esas mañanas encontramos la estrella de mar. Era la primera estrella del verano. Otros veranos eran comunes, pero estábamos ya en la última semana y aún no había aparecido ninguna. La que encontramos estaba muerta, era solo cascarón. Estoy seguro de que la vi antes que Andrea.

Pero hice como si no la hubiera visto, y a punto estuve, con la tontería, de pisarla y partirla en dos. Andrea me apartó justo a tiempo, casi me caigo al agua del empujón. Estaba a punto de empezar a contar la historia de la vida de la estrella cuando se puso seria y me pidió que me agachara.

—Mírala bien —me dijo.

Yo la miré todo lo bien que pude. Estábamos los dos, en cuclillas, con las rodillas dobladas y el culo en el aire, mirando una estrella de mar vacía.

—¿Lo ves? —me dijo, y se agachó un poco más, sin llegar a tocar la estrella.

Yo no veía nada.

—¿Qué hay que ver?

—¿No lo ves?

Negué con la cabeza. Seguimos los dos ahí un buen rato, agachados como un par de tontos. Callados. Andrea se había quedado en blanco por primera vez. Así que dije lo primero que se me ocurrió.

—Se habrá caído de ahí arriba.

Y señalé el cielo. Andrea me miró satisfecha, cogió la estrella vacía, se la guardó, y empezó a contar una historia absurda de estrellas caídas del cielo que se transforman en estrellas de mar. Desde ese día la llevó siempre, bastaba que nos sentáramos en el muro, en el jardín o al final de la playa para que sacara la estrella. Le daba vueltas, y vueltas, y vueltas, sin dejar de hablar de cualquier cosa.

Poco después gané la carrera. Pasada la última duna cogí velocidad. Cuando sentí que adelantaba a Andrea, aceleré. Quería ganar y, por primera vez, sentí que podía conseguirlo. Iba tan deprisa que tropecé con las olas y me empapé por completo. Me levanté como pude, y me giré, feliz, con los brazos hacia arriba en señal de victoria. Solo

entonces me di cuenta de que Andrea no me había seguido. Estaba sentada varios metros por detrás, agachada, con la vista clavada en la arena y las rodillas encogidas sobre la tripa. Se balanceaba levemente.

Me acerqué. No se veía nada allí a lo que mirar fijamente, nada más que arena, nada que justificara abandonar la carrera. Andrea, al notar mi sombra encima de ella, dejó de balancearse y empezó a cavar, con decisión. Hizo un gran hoyo.

—Me he cansado de ganarte.

Menuda excusa. Pero eso fue lo que dijo, era una de sus verdades universales e indiscutibles. Después sacó la estrella y la metió en el hoyo, la enterró bien al fondo sin dejar rastro. Cuando terminó se quedó ahí sentada, en la arena. Le tendí una mano.

—Levanta. Un, dos. —Tiré de ella con todas mis fuerzas—. Tres.

Andrea pesaba mucho. Pensé que sería por esos huesos de más que tenía, aunque no se lo dije. Le costó ponerse de pie, estirarse, acomodar el cuerpo, caminar. La obligué a apoyarse en mi hombro. Subimos a casa despacio, como pudimos, Andrea estaba muy callada. Así que empecé a hablarle sin parar, y no cerré la boca durante todo el camino a casa, le conté una historia que recordaba haber leído en invierno sobre los romanos y los acueductos, y las calzadas que construyeron, y los puentes, y el material que utilizaban para que unas piedras se quedasen bien pegadas con las otras.